

DOS CARTAS

Hijito del alma mía:
Anoche un sueño terrible
me hizo asistir al horrible
martirio de tu agonía;

y aunque parezca locura
decir que lo haya mayor,
de otro más grande y peor
sufrí la horrible tortura.

¡Tremendas cosas soñé!
Soñé que el hijo querido
dióme sin pena al olvido
y apostató de su fe;

y presa de horrible espanto,
te ví desertar, hijito,
de ese colegio bendito
donde se aprende a ser santo.

Como arista que al desierto
los huracanes lanzaron,
tus crímenes te arrojaron
a un mar sin cielo y sin puerto;

en el mundo donde habitan
los que de Dios renegaron,
los que al abismo rodaron,
los que en el fango dormitan;

y allí te ví yo caer,
y allí te oí pronunciar
palabras de lupanar,
blasfemias de Lucifer;



cinismos de alma precita,
ruines bajezas villanas
que mancillaron las canas
de tu infeliz viejecita.

Y loca, al verte manchado,
bajé a buscarte al abismo,
al fangal, al antro mismo
donde se encueva el pecado.

Sin Dios, sin madre y sin fe,
¡qué solo estabas allí!
muerta de miedo te ví,
loca de amor te llamé;

los estruendos de la orgía
apagaban mis clamores....
y el hijo de mis amores
me vió, y no me conocía.

Y más que el golpe de un hacha
que hundiera en mi frente el hijo
me hirió su voz cuando dijo:
¡Esta vieja está borracha!

Y la manada maldita
de aquellas bestias salvajes
llenó de injurias y ultrajes
a la infeliz viejecita;

después en mi desvarío,
soñé que un sayón de aquellos
me arrastró por los cabellos....
¡que son blancos, hijo mío!....

Y tú de la turba en pos
ibas riendo.... ¡te ví!....
¡Te oí maldecirme a mí!
¡Te oí blasfemar de Dios!

Y luego sin transición
me ví en nuestro hogar llorando,
llorando y a Dios rogando,
por tí, por tu salvación.

Las olas turbas y fieras
de aquel mar te aniquilaron,
y en mis brazos te arrojaron
para que en ellos murieras;

y la que tanto te quiere
iba a saber, hijo mío,
cómo se muere un impío,
cómo un apóstata muere...

Pero Dios no lo quería:
cortó una mano invisible
el hilo del sueño horrible
que tanto horror me fingía;

Y al despertar exclamé:
«¡Que muera el hijo, gran Dios!
pero llevádmelo Vos,
que para Vos lo crié!»

Hijito del alma mía:
por negros o por risueños,
yo no doy crédito a sueños
que abortó la fantasía;

mas de pensar que es posible
que la catástrofe horrenda
de esa quimera tremenda
fuera realidad horrible,

tengo el alma en la tortura
de una espantosa tristeza,
y está mi débil cabeza
cargada de calentura.



¡Fantasmas que ella ha creado!
delirios del amor mío!
¿cómo has de ser un impio,
si para Dios te he criado?

Y Dios, que es bueno, lo sabe:
y tú eres bueno también:
a mí es a quien tanto bien
en el alma no me cabe.

Perdona a tu madrecita
si ha soñado el desatino
de que eras el asesino
de tu pobre viejecita.

¡Delirios!.... Sabe tu amor
que tengo en el alma frío,
y sólo vivo, hijo mío,
de tu cariño al calor;

muerta el alma de tristeza,
seca del llanto la fuente,
llena de arrugas la frente,
blanca la débil cabeza,

trémula la pobre mano
que estos renglones escribe:
soy una muerta que vive
al sol de un amor lejano:

tú eres mi sol, hijo mío,
y mientras él me caliente,
podrá haber frío en mi frente;
en mis entrañas no hay frío!

Besando estoy, madre mía,
tu carta, de pena lleno:
si por Dios no fuera bueno,
sólo por tí lo sería.

Jamás amarguen tu amor
esas quimeras extrañas:
el hijo de tus entrañas
vive en la fe del Señor;

y de ella y con ella lleno,
ni aun en sueños ha salido
de este colegio querido
donde se aprende a ser bueno.

No el huracán del desierto
sino la brisa suave
del bien, me lleva en la nave
de la virtud hacia el puerto:

sereno puerto al que arriban
los que a Cristo se ofrecieron,
los que a su voz acudieron,
los que para amarle viven.

Por eso en esta mansión
toda frase es caridad,
todo suspiro es piedad,
todo arrullo es oración.

Serena vida bendita
con cuyas obras cristianas
estoy honrando las canas
de mi amada viejecita!

Y tú quizás lo dudaste!
Ni en sueños de calenturas
se puede soñar locura
mayor que la que soñaste!



Labios que tú has de besar
no podrán nunca verter
blasfemias de Lucifer,
palabras de lupanar!

Yo, que ante Dios lo he jurado,
hoy lo juro ante mí mismo:
no bajarás tú al abismo
buscando al hijo manchado!

Y no me digas más veces
que al escuchar tus clamores
el hijo de tus amores
rugió palabras soeces;

ni vuelvas jamás a hablar
de horrores que me atormentan,
de infamias que así me afrentan,
de escenas que he de olvidar;

pues tanto el alma me irrita
pensar que manos humanas
osaran tocar las canas
de mi pobre viejecita,

que el pecho siento oprimido,
siento los nervios crispados,
siento los ojos nublados,
siento el cerebro perdido....

y el hombre del alma buena,
llena de paz y de calma,
siente bullir en el alma
ferocidades de hiena....

¡No lo vuelvas a soñar!
ni lo vuelvas a decir!
déja al cordero dormir
por si es tigre al despertar;

que si eso que tú has soñado
realidad un día fuera,
ya despertara la fiera
para ponerse a tu lado!...

Haces muy bien, madre mía:
por negros o por risueños,
no prestes crédito a sueños
que engendra la fantasía.

Tú me enseñaste a marchar
por la senda del deber;
tú me enseñaste a querer,
tú me enseñaste a rezar;

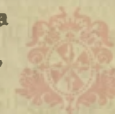
¡y juro ante el Dios que arato
que me has de ver, amor mío,
loco primero que impío,
muerto primero que ingrato!

La fe que tú me infundiste
me está mostrando mi oriente;
me están quemando la frente
los besos que tú me diste.

¿Soñaste que el mundo vano
hízome impío? ¡Químera!
sí yo en tus brazos muriera,
vleras morir a un cristiano ...

¿Soñaste verme de fijo
romper de tu amor los lazos?
sí yo muriera en tus brazos,
vleras morir un buen hijo!

Tranquilo sin más tristeza
que la de estar de tí ausente,
tersa y serena mi frente,
firme la joven cabeza,



fuerte y segura la mano
que estos renglones escribe.
yo soy el hijo que vive
nutriendo tu amor lejano.

Tú, mi madre, eres mi amor;
y yo soy feliz sabiendo
que estás tranquila viviendo
de mi cariño al calor.

Perdono a mi madrecita
si ha soñado el desatino
de que yo era el asesino
de mi amada viejecita;

y dejaréla decir,
ya que ese es su placer,
que el calor de mi querer
la está ayudando a vivir.

¡Así vivimos los dos!
Por eso, el día tremendo
en que mi ruego no oyendo
me deje sin madre Dios,

Dios ha de ver cómo escribo
sobre tu tumba sombría:
— «Cuando esta muerta vivía
no estaba muerto este vivo» —

No sospeches, madrecita,
que mi espíritu atormentas
cuando en tus cartas me cuentas
lo que te aflige y te agita;

yo olvidaré de una vez
esas tus locas visiones,
que no son más que aprensiones,
ternura de tu vejez....

Pero en cambio yo te exijo
que tú también las olvides,
que te alegres, que te cuidas,
que no llores por tu hijo....

Porque ¡ay de él, si de tristeza
se le muere, estando ausente,
la de la arrugada frente,
la de la blanca cabeza!....

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

